

El Sida y la literatura

→ FRANCISCO SOLANO

Desde su aparición y reconocimiento público en la sociedad occidental, a principios de los años ochenta, el Sida ha sido visto como una catástrofe imprevisible y contagiosa emparentada con las pestes medievales. El hecho de que su transmisión se realice por la vía de la sangre y de los fluidos sexuales, disparó la imaginación del horror y de la paranoia y no faltaron voces que consideraron el Sida como un juicio a la sociedad. Pese a los años transcurridos, esta visión persiste todavía. El miedo al contagio de lo desconocido, arraigado en el corazón del hombre, caldo de cultivo también de la xenofobia y del desprecio a lo *otro*, necesita ver fantasmas para protegerse de sus propias pesadillas. Esta paranoia explica la creencia turbadora de quienes piensan que la propia sociedad ha generado esa enfermedad. El Sida adquirió, por tanto, un estigma moral, algo que ya parecía erradicado de nuestra visión del mundo. "En el siglo veinte -ha escrito Susan Sontag- se ha vuelto imposible moralizar sobre las epidemias -salvo las de transmisión sexual" (1). Este carácter, unido a la ausencia de un medio eficaz para combatirlo, ha convertido el Sida en un peligro desconocido, peligro que ha introducido la reserva y la precaución en las conquistas sexuales logradas en la década de los sesenta.

A diferencia de otras enfermedades, igualmente consideradas enemigos públicos, como la tuberculosis, ya erradicada en términos de amenaza colectiva, y el cáncer, todavía sin soluciones absolutas, el Sida se ha presentado como un huésped avasallador que revierte en los comportamientos sociales, condicionando la libre sexualidad y las motivaciones afectivas, especialmente en los llamados grupos de riesgo. De ahí que las campañas de prevención se hayan centrado, sobre todo, en una información que destacaba, con especial nitidez, los factores no contagiosos,

con el fin de despejar esas connotaciones de alarma social -a la manera de una plaga bíblica- que el Sida había suscitado en nuestra sociedad.

Poco a poco, a pesar de que aún no se dispone, para los portadores del virus, de un método efectivo de defensa o de curación, los componentes irracionales, pseudoreligiosos y catastrofistas han cedido, afortunadamente, ante una realidad que reclama de los ciudadanos, sobre todo, comprensión, sensatez y una piedad sin reservas morales frente al sufrimiento ajeno.

El Sida, en el estado actual de la cuestión, está hoy tan insertado en

nuestra realidad social que no puede ignorarse sin una grave mutilación de nuestra sensibilidad. El Sida existe con la misma evidencia que existe la injusticia, y por lo mismo es susceptible de modificación, al menos en su correspondencia simbólica y en su inflación metafórica, como difusión inevitable del mal. Por lo demás, nada impide imaginar que, en un futuro próximo, pasado mañana, como quien dice, pueda encontrarse una solución científica, un método de curación definitiva, como sucedió con la tuberculosis y con algunas tipologías del cáncer. Mientras tanto, la instalación del Sida como

la más terrible enfermedad de nuestro tiempo, ha arraigado ya en los más diversos ámbitos del espíritu, a través de una necesidad de expresión que va más allá de sus anécdotas. Su relevancia no ha pasado desapercibida, por tanto, para la literatura, aunque todavía no pueda hablarse -en el sentido artístico del término-, de una literatura específica de esa enfermedad. No obstante, el Sida ha establecido ya un factor narrativo concreto, aunque todavía circunscrito y empecinado al mundo gay o al documento confesional, sin romper por ello su inmediatez social con los llamados grupos de riesgo.

Así pues, además de la ingente documentación científica y social que ha generado, también el Sida ha sido abordado, casi desde sus primeras manifestaciones, desde presupuestos literarios. Tal vez convenga decir, antes de



Los libros de Hervé Guibert, magníficamente escritos, van más allá de la literatura y de sus géneros, son otra cosa, imposible de definir que, por su condición extrema, tocan directamente esa zona transparente del corazón humano donde se cristaliza el pavor y la piedad, esa zona que expulsa la indiferencia y convierte la lectura en un vínculo de solidaridad con las víctimas del Sida.